

**CASI EL PARAÍSO, DE LUIS SPOTA,
REFLEJO DEL DISCURSO ALEMANISTA
EN LA CIUDAD DE MÉXICO**

Jorge Gallo*

Resumen

Casi el paraíso (1956), de Luis Spota, reflejo del discurso alemanista en la ciudad de México, es un ensayo donde pretendo demostrar que el discurso de Miguel Alemán Valdés (1946-1952) está presente de manera implícita en esta importante obra de la literatura mexicana del movimiento considerado como “Generación del Medio Siglo”. La importancia de dicho análisis abarca diferentes directrices, tanto historiográficas como literarias. En una primera instancia, Luis Spota es un escritor representativo de la “Generación del Medio Siglo”, misma que se caracteriza por tener como fuente de inspiración los cambios profundos que vive el México posrevolucionario, tanto en lo económico como en lo social y lo político.

Para llegar al reflejo de dicho discurso gubernamental hago un análisis historiográfico sobre las condiciones políticas, culturales y sociales que se viven al momento de realizar dicha obra y que se encuentran en el desarrollo de la misma.

Abstract

Casi el paraíso (1956), of Luis Spota, reflection of the alemanista speech in the Mexico City, in this paper try to show that the discourse of Miguel Alemán Valdés (1946-1952), is implicitly in this important work of Mexican literature, as a part of the movement named “Half Century Generation.” The importance of this analysis includes various guidelines both historiographical and literary. In the first case, Luis Spota is a representative writer of the “Half Century Generation”, characterized by having as inspiration source the deep changes experienced by the post-revolutionary Mexico, on economics, social and politics fields.

* Alumno de la Maestría en Literatura Mexicana Contemporánea.

To achieve the reflection of the government speech, an historiography analysis has been done over current political, cultural and social context at the time of the development of this work.

Palabras clave/Key words: análisis, Spota, México, economía, política / analysis, Spota, Mexico, economy, politics.

Primero la casa, luego la colonia, finalmente la ciudad; el conglomerado humano es el vivo reflejo de quien lo habita. La ciudad es el rostro de la sociedad; es el inconsciente de las masas, quienes al final de cuentas lo mueven, le dan vida.

Asimismo, la ciudad de México ha sido el centro neurálgico de la sociedad mexicana en sus diferentes etapas; fue la médula económica, política y militar de la confederación mesoamericana que enfrentó la conquista española. Ahí, entre las aguas del lago que gradualmente se fue desecando surgió el punto de partida del imperialismo español, la ciudad de México, orgullo novohispano y envidia de los demás virreinos españoles, fuente de inspiración para todo tipo de artistas. “A nadie escapa que la calidad de lo novelesco apunta muy temprano hasta los límites de asombro, en las páginas descriptivas de Bernal Díaz del Castillo, ese gran muralista frustrado, y a partir de él, en las ponderaciones de otros cronistas, o en los relatos de Gage, o en los apuntes de tantos viajeros de otras tierras.”¹

En las diferentes etapas de su historia, la ciudad de México ha estado presente en diversas manifestaciones artísticas. Fiel protagonista de la historia nacional, la capital del actual México deja entrever la forma de pensar y actuar de la sociedad en ese momento histórico. “Capital del imperio Azteca, después colonial, luego republicana centralista; que soportó dos imperios mas; uno criollo y francés el otro; invadida por los Estados Unidos, enseguida federalista en lo formal y ahora políticamente democrática, pero aún desigual en la distribución de los beneficios económicos.”²

¹ Antonio Acevedo Escobedo, *La ciudad de México en la novela*, Departamento del Distrito Federal, 1973. Prólogo.

² Jorge Zúñiga Campos, *Lo que el viento no se llevó. Crónicas de la ciudad, sus personajes y su gente*, ciudad de México, 2003. Prólogo.

La ciudad de México es una presencia reiterada, abrumadora, entre nuestros narradores; podríamos hacer una larga lista de novelas o cuentos; ensayos o poemas, crónicas o revistas en los que se la tematiza, se reflexiona sobre ella, se le da vida literaria. La invasión de lo urbano en el discurso de la literatura es mayor aún entre aquellos escritores que nacieron después de la mirada totalizadora “a lo Fuentes”, o incluso después de la ocupación del reventón clasemediero de los autores de “la onda”. Hay una suerte de compulsión por narrar lo incomprensible, lo inaprehensible, lo escalofriante, lo que fascina, del caos urbano (¿se trata de un modo de exorcismo frente al horror?). En estos escritores la nostalgia ha muerto ahogada por la sorpresa ciudadina del espanto, impera en sus obras una resignación por el deterioro violento e irreversible, mezclada con el deslumbramiento que provocan los millones de rostros cambiantes de la monstruopolis.³

El propósito del presente trabajo es analizar la presencia del discurso gubernamental de Miguel Alemán Valdés, en la novela *Casi el Paraíso* (1956), de Luis Spota, narración donde se encuentra implícita la ciudad de México, si no en primer plano, sí como telón de fondo que indica el modo de vida y de pensar de las clases altas de ese momento, muchas de ellas surgidas tras la Revolución, sustentadas en fortunas logradas al amparo de la corrupción y del poder político.

México tras la Revolución

Con la llegada de Álvaro Obregón al poder (1920-1924), finalmente se ponen las bases para la tan anhelada paz social que permita desarrollar al país, creando secretarías de Estado e instituciones que le sirvan al nuevo orden; pelear el poder ya no con las armas ni con figuras de caudillos, capaces de mover grandes masas y desestabilizar a los frágiles gobiernos; ahora es la negociación para llegar al poder.

Sin embargo, la presencia de esos carismáticos líderes tras los hilos que movían la política nacional siguió presente. De 1924 a 1928 el titular de la Presidencia fue “El Turco”, Plutarco Elías Calles; su gobierno se dio a la tarea de crear los primeros ministerios que

³ Demetrio Anzaldo González, *Género y ciudad en la novela mexicana*, México, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2003. Prólogo.

permitieran fortalecer al gobierno y su incipiente *obra revolucionaria*. Pese a la conciliación entre los diferentes intereses de los caudillos aún presentes, hay dos hechos que nuevamente movieron y agitaron las aguas políticas: reformar la Constitución para permitirle a Álvaro Obregón poder reelegirse —siendo que uno de los preceptos de la lucha armada fue precisamente la *no reelección*—; y el estallido de la Guerra Cristera. El nacimiento del actual Estado mexicano se estaba gestando.

Tras una fuerte lucha interna, Obregón sale electo para el periodo 1928-1934, tomando en cuenta que entre los cambios impulsados por Calles fue el aumentar de 4 a 6 años el periodo presidencial. Sin embargo, y a pesar de haber triunfado en las urnas, “El manco de Celaya” no pudo tomar posesión de la tan peleada silla presidencial pues, el 15 de julio de 1928, mientras celebraba en el conocido restorán La Bombilla, ubicado al sur de la ciudad, José de León Toral, fanático católico, asesinó de varios balazos al flamante presidente, terminando, además de con la vida de Obregón, con la idea de la reelección en el marco constitucional.

El caudillo sobreviviente, pero que pensó dos veces el pelear nuevamente por la silla, fue Calles, quien de manera velada decidió influir directamente en la política nacional. Autonombrado como el “Jefe máximo de la Revolución”, crea en 1929 el Partido Nacional Revolucionario (PNR), para evitar que nuevamente el caudillismo se impusiera sobre las instituciones, además de conciliar el poder y así repartirlo en todos sus niveles. El periodo conocido como Maximato abarca el sexenio que en teoría le pertenecía a Obregón; de 1928 a 1934 Calles influye y manipula tanto la elección como el desempeño de tres presidentes: Emilio Portes Gil (1928-1930); Pascual Ortiz Rubio (1930-1932); Abelardo L. Rodríguez (1932-1934).

El siguiente sexenio le corresponde a un joven militar que, en teoría, sería manejable y permitiría que Calles influyera nuevamente: Lázaro Cárdenas. Sin embargo, el general michoacano decide tomar un rumbo cargado a la izquierda, impulsando medidas que afectan directamente los intereses de las clases altas y a los empresarios tanto nacionales como extranjeros, lo que provoca la reacción de los afectados, quienes tachan de “comunistas” las medidas del “Tata Cárdenas”, convulsionando nuevamente el fin del sexenio. Hay que agregar la expulsión de Calles del país, por influir de manera directa en las acciones del gobierno.

Las medidas revolucionarias de Lázaro Cárdenas (reforma agraria, fortalecimiento de obreros, educación socialista y expropiación petrolera) beneficiaron al pueblo pero también despertaron una activa oposición de terratenientes, patrones, la iglesia y parte de la clase media de las ciudades. Todas estas fuerzas identificaron a Cárdenas como un peligro comunista y defendieron atacando: las inversiones se contrajeron, se fugaron capitales y se desató una fiebre especulativa de terrenos urbanos, que en 1940 aumentaron de valor hasta en 200 por ciento.⁴

En lo cultural, el gobierno de Cárdenas se dio a la tarea de promover la imagen de un mexicano mestizo, católico, fiel guadalupano; estoico en su pobreza y miseria; sabedor que los esfuerzos de hoy serían recompensados en un mañana próspero; hoy se trabaja para que los hijos disfruten “El México del mañana”. Apoyado con una creciente industria filmica que tendría gran penetración entre las masas, además de un gran prestigio internacional, gradualmente se creó esta imagen. En la literatura surgen grandes exponentes del cuento y la novela indigenista, cargadas de un fuerte respaldo antropológico.

El deseo por comprender y definir la realidad mexicana junto con la noción de lo mexicano es una constante en el arte y la cultura nacional del siglo XX. En su momento, pensadores de la talla de Alfonso Reyes, Octavio Paz, Leopoldo Zea, José Vasconcelos, Samuel Ramos, Antonio Caso, Salvador Novo, José Luis Martínez, Justino Fernández o Justo Sierra reconocen esta circunstancia muy particular dentro de la cultura mexicana; puesto que, en busca del “alma nacional y del hombre mexicano”, como dice Reyes, son algunas de las consignas máximas a las que se aboca la intelectualidad mexicana, desde las primeras décadas de la centuria. Esta obsesión por dilucidar al “ser mexicano” y “lo mexicano” arrastra a innumerables pensadores a protagonizar múltiples y encarnecidos debates nunca terminados; antes al contrario, se ha continuado dialogando sobre los dilemas nacionales que ya forman parte de una dialéctica mexicana profusamente histórica.⁵

En resumen, Cárdenas había puesto los cimientos y las bases del Estado mexicano actual: centrales obreras y campesinas afines al go-

⁴ José Agustín, *Tragicomedia mexicana I. La vida en México de 1940 a 1970*, México, Planeta, 1997, p. 7.

⁵ D. Anzaldo González, *op. cit.*, p. 55.

bierno; líderes charros en sindicatos clave, incondicionales a las políticas gubernamentales. Había creado un partido capaz de aglutinar a los más diversos intereses para repartirse el poder de una manera institucional y, sobre todo, parecía que había apaciguado al “México bronco” que esperaba al tapado para levantarse en armas, inconforme con la designación. Sin embargo, también había realizado reformas de tipo socialista, lo que había alarmado a las clases altas y medias. Ahora era el turno para designar sucesor. Al respecto, José Agustín, menciona:

La enorme fuerza que cobraba la derecha fue determinante para que el presidente Cárdenas eligiera sucesor, pues entre sus reformas al sistema no se incluía la voluntad de democratización sino más bien la consolidación de los poderes impresionantes de la presidencia. En el Partido de la Revolución Mexicana (PRM) eran visibles dos campañas vigorosas que buscaban la candidatura oficial a “la grande”. Una de ellas, la del general Francisco J. Múgica, secretario de Comunicaciones, representaba la continuidad y ampliación de las reformas revolucionarias, y era la opción natural de la izquierda. Cárdenas sabía que si se inclinaba por Múgica, como muy posible lo deseaba, las derechas se exacerbarían en su contra y la situación podía resultar inmanejable. Por lo tanto, eligió la otra precandidatura existente, la del general Manuel Ávila Camacho, secretario de Guerra y Marina, quien había logrado ubicarse en el “centro” y resultaba un elemento neutro que podía unificar la gran cantidad de intereses que hervían en el PRM, además de que le quitaría banderas a la oposición sin abdicar a los principios de la Revolución Mexicana.⁶

Referente a la elección de Ávila Camacho para “la grande”, Tzivi Medin, menciona:

Cuando Cárdenas optó por Manuel Ávila Camacho como su sucesor, el mismo Ávila Camacho (a quien un humorista había denominado “el soldado desconocido”) comenzó a ver que uno de los principios de la nueva institucionalización del régimen residía en el hecho de que la presidencia de la república otorgaría un carácter carismático cuasi caudillista al más pálido burócrata. Luego del porfiriato, el casi obregonato y el maximato, se trataba del presidenciatto. Claro que no se trataba ya del clásico caudillismo con su red de lealtades personales y clientelas sino

⁶ J. Agustín, *op. cit.*, p. 9.

una estructura política mucho más complicada pero continuaba aún la necesidad de la personificación del poder político absoluto que hiciera posible la integración institucional y fungiera como piedra angular de la estructura política mexicana.⁷

El periodo correspondiente a Ávila Camacho fue el sexenio de 1940 a 1946; mismo que se caracterizó por buscar sanar las heridas dejadas por las cuestionadas elecciones contra el candidato opositor Juan Andrew Almazán pues, según se rumoraba, el gobierno había realizado un fraude monumental, burlando la voluntad del pueblo que había votado masivamente en contra de Ávila Camacho, quien si no contaba con la preferencia de las masas, sí con el visto bueno de los grandes capitales que le veían como un elemento de centro, cargado a la derecha, además de que prometía programas que beneficiarían al capital, tanto nacional como extranjero.

El gran objetivo de Ávila Camacho consistía en aprovechar al máximo la coyuntura que ofrecía la guerra mundial para industrializar al país. De esa manera no sólo dejaría felices a los empresarios sino que México ya no sería un país atrasado, ni autárquico ni surtidor de materias primas sin procesar. La idea era que, sin rechazar en lo más mínimo al capital extranjero, había que desarrollar una infraestructura industrial para no tener que importar todo lo nuevo y bueno que ofrecía la alta tecnología, pues la industria mexicana se encargaría de tenernos bien surtidos y, dentro de lo posible, al día con buena calidad.⁸

Sin embargo, el hecho que en verdad logró la tan anhelada “unidad nacional”, se dio cuando submarinos alemanes hundieron dos buques petroleros con bandera nacional, mismos que se encontraban navegando en aguas del Golfo de México. Primero el *Faja de Oro*, posteriormente, *El Potrero del Llano*. Tras seguir el protocolo diplomático, las potencias del Eje se negaron a resolver el conflicto por esta vía, provocando que México declarara la guerra al Eje Roma-Tokio-Berlín, iniciando la participación nacional del lado de Los aliados, en 1942. Según recuerda José Agustín, en la obra antes citada, hubo apagones y ensayos para un eventual bombardeo, situación que entusiasmó a gran número de personas.

⁷ Tzibi Medín, *El sexenio alemanista. Ideología y praxis política de Miguel Alemán*, México, Ediciones Era, 1990, p. 44.

⁸ J. Agustín, *op. cit.*, p. 18.

Desde el inicio de la conflagración en tierras europeas, el país se vio beneficiado pues el comercio de materias primas como madera, carbón, hierro y alimentos se intensificó de manera significativa, principalmente a Estados Unidos, además de firmar convenios que permitían la migración legal y ordenada de mano de obra temporal para laborar en Estados Unidos. Empero y a pesar de que entró gran cantidad de dinero derivado de las exportaciones, los beneficiados fueron la pequeña minoría de políticos y empresarios, cercanos al poder, las grandes masas siguieron batallando con la galopante inflación, la especulación y acaparamiento de productos básicos. Gran parte de ese dinero se invirtió en construir infraestructura en las principales ciudades pero se abandonó el campo, iniciando un imparable éxodo de campesino a las zonas urbanas, haciéndolas crecer de manera alarmante.

Para el siguiente sexenio, de 1946 a 1952, los capitales vieron con buenos ojos la campaña llevada hasta ese momento por el joven secretario de Gobernación, Miguel Alemán Valdés, quien proponía darle continuidad a los programas iniciados por Ávila Camacho, en el sentido de que México necesitaba seguir industrializándose para dejar de ser un mero productor de materia prima y mano de obra barata. La derecha empezando por el Partido Acción Nacional y el grupo de empresarios, dio su visto bueno al candidato oficial que prometía, entre otras cosas, democratizar al sistema y crecer a pasos agigantados.

Pero si la institución otorga el poder y el carisma, ni qué dudar que ello sería así tratándose de un Miguel Alemán simpático, atractivo, hábil, manipulador político y carismático por sí mismo. Alemán llegaba a la presidencia joven y ya con un gran poder político propio. Había eliminado al problemático PRM con su pecado original cardenista y había creado con Ávila Camacho un PRI a su misma imagen alemanista: Alemán no había adoptado el programa de partido, como había sucedido con los dos primeros planes sexenales, sino que el partido adoptaría el plan de gobierno de Alemán.⁹

El sexenio de Miguel Alemán representó un parteaguas en la manera de hacer política hasta entonces: fue el arribo de un civil a la presidencia, haciendo a un lado a la parte militar que, desde ese entonces se ha mantenido institucional a la figura presidencial. Asimismo re-

⁹ T. Medin, *op. cit.*, p. 44.

presentó la llegada de políticos con preparación universitaria, tecnócratas con oficio político —a gran diferencia de los gobiernos panistas de la actualidad—. Una oligarquía que estaba lejos de dejar sus privilegios tanto fiscales como sociales, contrastando con una enorme mayoría que poco a poco se quedaba fuera y alejada de ese beneficio económico de la posguerra.

En el gobierno la mayoría de los secretarios giraban alrededor de los cuarenta años. Se trataba de una nueva generación política: los hijos de los revolucionarios; universitarios, algunos de la misma generación de Alemán. Recordemos que por aquellos años la UNAM estaba muy lejos de ser una universidad de masas. En 1930 contaba en total con 8 033 estudiantes a nivel de educación superior. Se trataba en este sentido de un núcleo algo elitista y selecto no por su extracción social precisamente de profesionales que ahora llegaban también al gobierno.¹⁰

No cabe duda de que muchas de las grandes obras de infraestructura fueron realizadas por compañías propiedad de allegados al presidente o a gente de su gabinete, sin embargo, la riqueza generada por las mismas permeó a las clases bajas, quienes encontraron trabajo en las ciudades, con oficios y ocupaciones que se requerían en la tan cacareada modernización del país: albañiles, plomeros, electricistas, secretarías, cargadores, en la industria. Sirvientas, choferes o jardineros que servían a las crecientes clases medias y altas, sin dejar de mencionar un gran número de habitantes que quedaron al margen del progreso y de la derrama económica que trajo el sexenio.

Al respecto, Luis Spota refleja esta situación en la obra a analizar: *Casi el paraíso*:

Como desconoces las cuestiones internas del país —se apresuró a añadir—, creo que es mi deber informarte que dicha Junta es la que aprueba absolutamente todas las inversiones del Estado: desde la compra de un alfiler hasta la construcción de un ferrocarril. ¿Te das cuenta?

Ugo Conti admitió que se daba cuenta. Rondía iba descubriendo una serie de secretos inauditos, un clima de prevaricación y deshonor; un estado increíble. Escuchándolo, comprendía el Príncipe que los políticos de otras partes, de Europa, eran simples aprendices de sus colegas tropicales; esos hombres desenfadados que hacían de su inmoralidad una bandera; de su corrupción un mérito. ¡Y eso que eran los tiempos de sacrificio! Pensó que, después de todo, a él nada de eso le importaba.

¹⁰ *Ibid.*, p. 46.

Estaba allí para ganar, no para sentir piedad por nadie. Si Alonso había robado una fortuna para procurarse vida de gran señor, tanto mejor. El Príncipe Conti, viviendo de él, contribuiría a hacerle menos pesada la carga que implica ser rico.

Me alegro –continuó Rondia–. Usualmente los contratistas que operan con el gobierno obtienen una utilidad neta que fluctúa entre el 10 y el 25 por ciento. Sumada, esa utilidad asciende a algunos cientos de millones de pesos al año... Y he pensado esto: crear una empresa, una sociedad anónima, de la cual tú serás el presidente. Haremos, claro, buenos trabajos... Calculo que cada año nuestra organización puede recibir órdenes por algo así como unos 500 millones.¹¹

La capital mexicana: monstruo urbano y musa inspiradora

Como se mencionó a principios de este ensayo, las ciudades representan algo más que la forma de gobierno o situación económica que vive un país en el momento histórico del que se habla; el espacio urbano es el alma de sus habitantes esculpida en concreto, cubierta por pavimento e iluminada por luz neón, la ciudad de México es diferente, es otra, antes y después de Miguel Alemán, reflejando los aires de cambio, modernización e industrialización; pasa de ser la ciudad capital de un país rural y analfabeto, a ser el centro del país que crece con la mirada puesta en igualar a su vecino distante del norte, y que en ocasiones se convierte en el grandulón aprovechado del vecindario: Estados Unidos.

La ciudad de México para 1921, aún muy siglo XIX en sus fachadas céntricas, conserva sobre la calle de San Francisco (o Madero) el añorado Hotel Iturbide, y en las portadas de los escaparates modernos –como lo son *Revista de Revistas* y *El Universal Ilustrado*–, se exhiben fotografías de María Conesa, la bailarina mexicana paradigmática del teatro de revista. Más cercana de la antigua “Ciudad de los palacios” que del ideal moderno que amenaza con hacer emerger rascacielos de las entrañas urbanas sin previo aviso, México ofrece otra opción de contacto entre ella y el escritor de vanguardia.¹²

¹¹ Luis Spota, *Casi el paraíso*, México, Editorial Diana, 1977, p. 280.

¹² Yanna Hadatty Mora, *La ciudad paroxista. Prosa mexicana de vanguardia (1921-1932)*, México, UNAM, 2009, p. 31.

Referente al crecimiento de la ciudad de México, en *La ciudad de México. Antología de lecturas*, se menciona:

El crecimiento territorial de la ciudad de México, iniciado en la segunda mitad del siglo XIX, se acelera principalmente debido al aumento de la población capitalina, producto de una fuerte corriente migratoria, al establecimiento de la industria que requería mano de obra; al empleo político-administrativo y, sobre todo, al mejoramiento de las condiciones de vida, por el establecimiento de mejores obras y servicios públicos, hospitales, centros deportivos, culturales y recreativos. La población en la Ciudad de México era en 1900 de 344 000; en 1940, de 1 760 000 y en 1970 era de 6 874 165 habitantes. La población del Distrito Federal también se incrementó: en 1900 era de 541 000; en 1940, de 1 760 000 y en 1980 alcanzó la cifra de 14 500 000 habitantes, ocupando una extensión de 1 025 kilómetros cuadrados.

La ciudad fue conformándose con pueblos y haciendas que se convirtieron en multitud de colonias. De 1920 a 1953 se fundaron: Chapultepec Heights o Lomas de Chapultepec, Hipódromo Condesa, San José Insurgentes, Anzures, Polanco, 20 de noviembre, Bondoquito, Gertrudiz Sánchez, Petrolera, entre muchas otras.¹³

En *Casi el paraíso* la nueva aristocracia surgida de la *Revolución* compete en presumir sus residencias, sus penthouses y sus departamentos de soltero, ubicados en zonas exclusivas de la ciudad capital. El general pone la casa chica a la condesa Frida Von Becker en las Lomas de Chapultepec. Aunque no lo menciona de una manera directa, Spota hace referencia al Club Chapultepec, donde Martucha, Teresa Rondía y las demás damas de sociedad van a jugar al tenis, a chismear mientras beben un coctel; a viborearse mientras están en el sauna o se asolean y nadan.

Son los que pueden costear casas de campo en Cuernavaca; que se escapan a Acapulco a pasar el fin de semana. Amadeo Padula, convertido en el príncipe Ugo Conti llega a la Capital Azteca por la entrada principal: el Aeropuerto Internacional de la ciudad de México, puerta de las grandes inversiones, de los visitantes distinguidos; llegan al país de las grandes oportunidades, al país que es casi el paraíso. La semántica de la ciudad de México está presente en toda la obra.

¹³ Autores varios, *La ciudad de México. Antología de lecturas. Siglos XVI-XX*. México, SEP, 1995, p. 111.

La lectura de un espacio urbano comienza desde su unidad mínima de significación. La ciudad de México es al mismo tiempo centro geográfico y simbólico del país y en su carga semántica soporta el prestigio y desprestigio de ese nombre.

Los autobuses que desde cualquier rincón de nuestra patria se dirigen a la capital, ostentan en su frente la palabra *México*; por hábito o aceptación de la omnipotencia centralista decimos “voy a México”.¹⁴

El espacio tiene vida propia, refleja el sentir del autor y la intención de la obra, es el reflejo de la sociedad y del tiempo en el que se escribe, conforma ese *corpus* intelectual que le da vida.

Las reflexiones de los críticos han ayudado a delimitar el campo de acción del espacio novelesco y su importancia lógica y estructural. Sabemos que el espacio es con frecuencia prolongación metonímica de los personajes, que la mirada de éstos es uno de los recursos más corrientes para la inserción descriptiva y que toda presencia espacial, por culpa de su sobrecarga semántica, inevitablemente trasciende a sí misma y se hace metalingüística. Pero también sabemos que la noción de espacio es noción histórica, puesto que cada época muestra una predilección topográfica distinta, y que el espacio subjetivo (tan común en la novela decimonónica y tan deseosa de profundizar en las cosas) va a ser sustituido por el “espacio objetivo” de la novela moderna.¹⁵

Los hoteles, los almacenes y los restaurantes lujosos están en Reforma. La ciudad creció pero de manera desigual; los barrios pobres, los arrabales y las zonas rojas se encuentran lejos, fuera del alcance de “la gente de bien”. Cabe mencionar que uno de los signos del sexenio de Miguel Alemán fue la vida nocturna, “la ciudad que vive de noche”, con sus cabarets de lujo, con el mambo, sus rumberas y bailarinas exóticas. El consumo de los que pueden contra la pasividad y los sueños y esperanzas de las clases bajas; el derroche y suntuosidad contra la supervivencia. Al respecto, Alejandra Moreno Toscano, escribe:

¹⁴ Vicente Quirarte, *Elogio de la calle. Biografía literaria de la ciudad de México 1850-1992*, México, Cal y Arena, 2001, p. 15.

¹⁵ María Teresa Zubiarre, *El espacio en la novela realista. Paisajes, miniaturas, perspectivas. Lengua y estudios literarios*, México, FCE, 2000, p. 24.

El crecimiento con estabilidad (1955-1960) produjo el primer gran desbordamiento del espacio urbano. El poder de compra concentrado por las clases medias se dirigió a la adquisición de casas en nuevos fraccionamientos (Satélite, Echeagaray), a la compra de uno o varios automóviles, a adquirir en forma casi suntuaria enseres domésticos electromecánicos (a su alcance gracias a la sustitución de importaciones) y aparatos electrónicos siempre nuevos y cambiantes, que ofrecían la satisfacción pregonada por los medios masivos y la propaganda consumista para “estar al tanto” en noticias, diversiones y publicidad. Esos pequeños grupos hiperconsumidosres dinamizaron el mercado, mientras que la mayoría de la población se mantuvo en los límites del subconsumo. El afán de consumo de esos pequeños grupos transformó la antigua zona porfiriana de residencias en locales para comercios, restaurantes y hoteles, elevando el valor de la tierra para demostrar que la modernidad había llegado a la ciudad (Zona Rosa).

En unas pocas zonas privilegiadas se concentró la actividad comercial y la de los medios de transporte. Unas cuantas áreas recibieron los servicios y las comodidades de “la vida moderna”, quedando el resto tal y como lo había dejado el siglo XIX.¹⁶

La ciudad de México tiene espacio para todos, incluso para esa aristocracia decadente a la que sólo le queda el recuerdo de un majestuoso pasado. Las clases altas de la época porfirista, venidas a menos; los que fueron “carranceados”. Los linajes con educación, a los que les queda únicamente soportar su miseria con dignidad, contra los abusos y excesos de los nuevos ricos, de “los cachorros de la revolución”.

Desde muy temprano empezó la actividad en la vieja casona de la Marquesa de Llano Grande. Un hombre vino, a eso de las siete de la mañana, a cortar el césped y a podar las plantas en el pequeño jardincito abandonado, de la entrada. Los dos sirvientes, ancianos como todo lo que había dentro de la mansión, se afanaban limpiando el polvo de las cortinas, de los muebles del siglo XIX, de tapicería rota y desteñida, o puliendo la vajilla de plata que apenas la señora ama había podido rescatar, por unas horas del prestamista.

¹⁶ Alejandra Moreno Toscano, *La crisis en la ciudad. La estructura del espacio urbano en la ciudad de México. Antología de lecturas. Siglos XVI-XX*, México, SEP, 1995, p. 129.

La Marquesa estaba contenta y se sorprendieron mucho al verla cantar alegremente. Fue a la cocina y comprobó que todo marchaba bien. Luego subió a su habitación para preparar la ropa que usaría durante la cena. De un viejo armario de roble sacó un deteriorado traje de encaje de Bruselas, mismo que usó cuando coronaron al Rey Don Alfonso XIII. Lo examinó bajo el chorro de luz difusa que se filtraba por la ventana. El tiempo y la polilla habían dejado su huella en la querida prenda. Ella, que desde hacía mucho tiempo era su propia costurera, buscó agujas e hilo y se dispuso a repararla.

Por primera vez en muchos años, la luz entraba en la casa, las ventanas se abrían y el polvo era expulsado. Aun así, todo en el interior de la mansión donde el Marqués había muerto, seguía oliendo a cosa cerrada, a museo húmedo. La pieza, por ejemplo: era amplia, de techos altos; el moho pintaba sus tatuajes en el tapiz herrumbroso de los muros. Aquí y allá espacios más claros recordaban a la Marquesa momentos tristes: cuadros de valor que salieron rumbo al empeño para poder prolongar por unas semanas más, su milagrosa miseria.¹⁷

En este caso, Spota sitúa al personaje de *La Marquesa de Llano Grande* y a dos ancianas más, como víctimas de la guerra civil española, expulsadas al triunfo de la república, obligadas a refugiarse en México, donde viven de recuerdos y sobreviven de milagro; empero, bien puede referirse a la vieja aristocracia porfirista venida a menos tras la Revolución. La vieja casona de la Marquesa bien pudo ubicarse en la colonia Roma o en Santa María la Ribera, donde aún hoy es posible ver residencias que vivieron su grandeza y esplendor durante las primeras décadas de 1900 y hoy se encuentran de pie pero en ruinas.

Retomando el punto de Demetrio Anzaldo González, añadimos:

Esta es la imagen de un gobierno que jugó con las voluntades y con las ilusiones de una ciudadanía mediocre, mediatizada, el sistema político que comprometió el capital nacional y perdió; y es el orden social que sólo justifica la traición y la mala voluntad de sus organizadores. La agorera realidad que sigue sobrevolando sobre la capital de la falsa cornucopia mexicana.¹⁸

¹⁷ L. Spota, *op. cit.*, p. 228.

¹⁸ D. Anzaldo González, *op. cit.*, p. 94.

Pero la ciudad no es sólo de los ricos, también Ugo Conti conoce la otra parte, la “populachera”, la visión de los idealistas, que están en contra de las clases altas y buscan la reivindicación –al menos ideológica– del proletariado mexicano.

Era la edad de los cafés de chinos, los carritos para la venta de café de borbollón y tortas de milanesa en el Zócalo, cerca de la media noche y hasta el amanecer, los dracks y los calambres, el recuerdo de Lupe Vélez en el Teatro Lírico, los manifiestos, ya inútiles, del Partido Antirreleccionista y los mítines del Partido Laborista. Roberto Soto a Luis N. Morones, y Lulú Labastida provocaba alaridos en el teatro Garibaldi.¹⁹

Efigenia, la más alta poetisa mexicana, acaba de llegar de Moscú; seduce a Ugo Conti para que vaya con ellos, con sus camaradas comunistas, a discutir las tesis políticas de Trostky; fuman marihuana mientras beben tequila en jarritos de barro negro. Sentados en el suelo, tapados con jorongos y sarapes pasan por alto la investidura de “El Príncipe”. La narración contrasta con el lujo y la parafernalia de Rondia, Carmen Pérez Mendiola y demás personajes, que ha llevado Spota, en residencias y hoteles de lujo. Finalmente, a punto de amanecer, los camaradas deciden volver a la vida con un sustancioso caldo de Indianilla.

Lo hicieron beber un caldo ardiente, por su temperatura y por su condimento. Los amigos de Efigenia se mezclaban en aquel establecimiento al aire libre, atendido por mujeres grasientas y llenas de sueño, con personas vestidas de etiqueta, con damas envueltas en suntuosos abrigos de visón; con prostitutas callejeras, con chicos mugrosos que dormitaban al pie del muro tapados con periódicos y trozos de carteles; con músicos borrachos, con policías de ojos enrojecidos, que descabezaban su desvelo de codos en el mostrador. Efigenia comenzó a hablar, en tono alto, con una voz aguda, que atrajo sobre ella la atención de los otros. Se refería a los parroquianos de los abrigos y de los smokings; a los ocupantes de los charolados automóviles que pagaban a los mariachis que les alegraran los últimos momentos de su juerga; se refería a esos hombres y a esas mujeres que también trataban de curarse los efectos de la borrachera, con escudillas del caldo caliente. Y decía gritándolo así:

¹⁹ José Alvarado, “Suicidio de la urbe. La estructura del espacio urbano”, en *La ciudad de México. Antología de lecturas. Siglos XVI-XX*, México, SEP, 1995, p. 129.

—Este cochino mundo tendrá menos estiércol cuando ahorquen al último aristócrata con las tripas del último cronista de sociales...

Un caballero de aspecto venerable, dejó rápidamente un billete de 50 pesos sobre el mostrador y, tirando de dos jovencitas que lo acompañaban, las condujo a su automóvil cuya puerta mantenía abierta un chofer de uniforme:

—Vámonos, hijas... Hay demasiada plebe aquí...

—Pero, papá, si está con ellos El Príncipe Conti —dijo una de ellas.²⁰

Durante los años cuarenta y cincuenta, uno de los símbolos de la vida nocturna en la capital fueron los ya legendarios caldos de Indianilla; una serie de puestos colocados en los terrenos pertenecientes y adyacentes a los tranvías eléctricos, en la aún colonia de Los doctores. La zona era bien conocida por su agitada actividad nocturna pues cerca de ahí se encontraban tanto los centros nocturnos destinados a las clases medias y altas, así como los cabarets y prostíbulos de las clases populares. Según algunos cronistas de la ciudad, los caldos de Indianilla se servían en enormes cazos de peltre, además, según dicen las voces populares, ahí nació el “caldo tlalpeño”, aunque los habitantes de Tlalpan pelean su origen y creación.

Al igual que en peregrinaciones a la Villa de Guadalupe; las festividades populares como el día de muertos, la Misa de Gallo o las fiestas patrias de septiembre, los caldos de Indianilla sirvieron para unir a las diferentes clases sociales en un mismo fin, dejando a un lado la lucha de clases; aunque en este caso no es festejar, sino terminar con la parranda y poder parar un poco la borrachera y sus terribles estragos que seguramente dejará en el cuerpo a la mañana siguiente.

Para reforzar la tesis planteada en la investigación, rematamos con Demetrio Anzaldo González:

Pero las falsas jerarquías y la manutención del orden social degradante no son novedades, más bien son normas impuestas que no están escritas, pero con las que condiciona a toda una población aplastada por una dictadura pseudo-voluntad, presidencial de Miguel Alemán.²¹

²⁰ L. Spota, *op. cit.*, pp. 139-140.

²¹ D. Anzaldo González, *op. cit.*, pp. 93-94.

Bibliografía

- Acevedo Escobedo, Antonio. *La ciudad de México en la novela*. Departamento del Distrito Federal, 1973.
- Agustín, José. *Tragicomedia mexicana 1. La vida en México de 1940 a 1970*. México, Editorial Planeta, 1990, p. 18.
- Anzaldo González, Demetrio. *Género y ciudad en la novela mexicana*. México, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2003.
- Autores varios. *La ciudad de México. Antología de lecturas. Siglos XVI-XX*. México, SEP, 1995.
- De Quiróz Ávila, Teresita. *La ciudad de México: un guererro águila. El mapa de Emily Edwards*. México, Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, 2006.
- Hadatty Mora, Yanna. *La ciudad paroxista. Prosa mexicana de vanguardia (1921-1932)*. México, UNAM, 2009.
- Medin, Tzibi. *El sexenio alemanista. Ideología y praxis política de Miguel Alemán*. México, Ediciones Era, 1990, p. 46.
- Novo, Salvador. *La vida en México en el periodo de Miguel Alemán*. México, Empresas Editoriales, 1967.
- Quirarte, Vicente. *Elogio de la calle. Biografía literaria de la ciudad de México 1850-1992*. México, Cal y Arena, 2001, p. 15.
- Spota, Luis. *Casi el paraíso*. México, Editorial Diana, 1977, pp. 139-140.
- Zúñiga Campos, Jorge. *Lo que el viento no se llevó. Crónicas de la ciudad, sus personajes y su gente*. Ciudad de México, 2003.

Hemerográficas

- González Gamio, Ángeles. “Estación Indianilla”, en *La Jornada*. Domingo 6 de abril de 2008.
- Mérida, Bernardino. “La colonia Doctores, joven a sus 116 años”, en *El Universal*, Ciudad, México 22 de mayo de 2005.